

diablos. La Emperatriz abriga aun en Veracruz grande confianza, según lo demuestra la carta que desde allí dirigió á Maximiliano. *

Nadie en Europa se esperaba la enérgica resolución de la Princesa Carlota; solamente Almonte ya la presentía por los rumores que circulaban en París, desde los primeros días del mes de Agosto; estuvo listo para encontrarse en San Nazario á la llegada del buque y fué á bordo para ponerse á las órdenes de la joven Soberana.

Las primeras noticias del viaje de la Emperatriz llegaron á París en las columnas del "Herald" de Nueva York. Desde luego salieron de la capital del Imperio francés, á recibirla en San Nazario, el general Almonte, representante del Imperio de México en París, acompañado de su señora, y el Sr. Mora, antiguo Gran Maestro de Ceremonias.

En aquellos días en que Bazaine se oponía á la declaración del estado de sitio, mientras recorría los Estados del Norte de México, el navío "Emperatriz Eugenia" perteneciente á la compañía trasatlántica y cubierto con el pabellon imperial francés, ponía en San Nazario, el 8 de Agosto de 1866, en la mañana,

* Veracruz el 13 de Julio de 1866.—Maximiliano.—A las cuatro de la tarde llegué á esta ciudad en medio de las mayores atenciones y entusiasmo debidas al Prefecto Bureau, quien con el ayuntamiento y personas notables salieron á recibirme; mucho hay que agradecer á Bureau, cuando recuerdo que á nuestra llegada á las playas de Veracruz estuvo tan fría la recepción que nos hizo.

Como mi cerebro está tan preocupado con la idea de mi entrevista con Napoleon, procuré después de la comida sustraerme á toda comunicacion, y leer y releer las instrucciones que me has dado, á fin de que no se pase ni un punto de lo prescrito por tí, tomándome solamente ciertas autorizaciones, para aquello que en tu memorandum no hayas previsto.

El Conde del Valle se ha conducido perfectamente, y con las más delicadas atenciones.

Dentro de pocos momentos me embarcaré; Dios que con su bondad inmensa todo lo arregla y todo lo gobierna, me sacará avante en tan importante misión: confía en la Providencia que vela por sus reyes y sus pueblos, que no nos abandonará: Ten fé en que las dificultades que se han interpuesto, quedarán deshechas, tan pronto como Napoleon sepa de viva voz la verdad: la Emperatriz Eugenia que como sabes está dispuesta á ayudarnos, contribuirá directamente á perfeccionar, y reanudar lo que el Mariscal se ha propuesto romper, ó cuando menos dislocar; y no perdiendo en la aclaracion de los hechos, nada que no se analice y se depure, en mi larga entrevista con Napoleon, tendrá que ceder, por ser él quien debe reedificar lo que ha querido destruir el Mariscal, dando otro giro á las cosas; que no admitiendo interpretaciones, debía haber obrado de una manera menos embarazada y más franca, atendiendo á que á la gran distancia que está México de la Francia, las tardías resoluciones harían avanzar el tiempo, y determinaciones dadas mediante informes poco verídicos, trajeran resoluciones contraproducentes.

Acabo estas líneas para decirte adios: me espera el bote para embarcarme: recibe mi adios lleno de ternura: mis lágrimas riegan el suelo de Veracruz al separarme de tí y de mi nueva patria: cuídate y escríbeme por el Tennessee, recibe mi alma y con ella el deseo de salvarnos salvando á México de los horrores de una guerra desastrosa, si somos abandonados por el ejército francés.

CHARLOTTE.

(Esta carta estaba escrita en francés).

á la Emperatriz Carlota, sorprendiendo á las autoridades locales que se apresuraron á comunicar este suceso á París, donde no fué menos viva la impresión, particularmente en las Tullerías, apareciendo muy ageno de tal visita el gobierno francés. Todavía la víspera del desembarco, "Le Memorial Diplomatique" y otros periódicos que se inspiraban en las regiones oficiales, se decían autorizados para denunciar como una insigne calumnia, la suposición de que la Emperatriz Carlota pudiera regresar á Europa, y esto se manifestó á pesar de que la opinion pública señalaba misteriosos detalles en el negocio de México, cuyos palpitantes incidentes se complicaban día por día. Se observó que durante los primeros días de travesía atacaron á la Princesa Carlota ciertas violencias, sin que dejase de manifestar esperanzas en el resultado de su misión.

Al llegar á San Nazario el paquete trasatlántico "Emperatriz Eugenia," fué á ponerse á las órdenes de la Princesa Carlota la barca de vapor "Belle Isle," empleada en el transporte de mercancías y pasajeros, y no habiendo pabellon mexicano le fué puesto el italiano, por el parecido que tienen ambos. A la una y diez minutos pisaba la Princesa el territorio francés. * En el momento de desembarcar mandó distribuir dos mil francos entre la tripulación del vapor. Desde luego hizo saber á Napoleon III que acababa de desembarcar, enviándole un despacho especial en el que expresaba el deseo de verle lo más pronto posible. Napoleon, dándole un carácter particular á ese aviso, le contestó: que la enfermedad no le permitía ir á su encuentro; pero que la vería con suma satisfacción al regresar de Bruselas. Refiriéndose á esta respuesta, manifestó la Emperatriz Carlota al ayudante de campo, general Genlis, que no tenía más familia que los grandes intereses á que estaba consagrada.

La Emperatriz Carlota desembarcó en un vaporcito anexo á la Compañía, el "Belle-Isle"; en él atravesó la rada y llegó al muelle que estaba cubierto por curiosos, viéndose algunos funcionarios que se habían apresurado á presentarse en aquel sitio, casualmente muy concurrido porque en esos momentos salía el nuevo paquete "Nouveau-Monde," para Aspinwall. La joven princesa era el centro de todas las miradas, aparecía triste, y su traje de duelo hacía resaltar aún más su actitud melancólica. Rodeabanla: el general Almonte y D. Martín Castillo que mantenía el carácter de Ministro de Negocios Extranjeros, algunas damas de honor y chambelanes, el conde de Bombelles y varios oficiales de la corte. Ningún preparativo se había hecho para recibirla, y un coche de alquiler la condujo al Hotel Bely. Llamaron la atención en San Nazario los criados mexicanos que la acompañaban, porque llevaban trajes bordados de plata y en la cabeza anchos sombreros con toquillas de oro y plata.

Apenas pisó el territorio francés, manifestó la Princesa Carlota su resolución de viajar de incógnito, y de no pedir hospitalidad en las Tullerías, y mientras llegaba la hora de partir, que era á las cuatro de la tarde, la princesa visitó

* El pasaje de ella y de su séquito costó 35,710 francos.

el puerto; dirigía saludos serios á la multitud y su paso era firme, aunque ya en su mirada brillaba el fuego de la calentura, y en su rostro se veían impresas las preocupaciones que la minaban, exacerbadas en gran manera por la fatiga de tan violento viaje, en el que la joven Emperatriz había sido instalada en la popa, según su deseo, prefiriendo quedar aislada; no había podido dormir á causa de la constante trepidación de la máquina, y fué de notarse que á medida que se acercaba el fin de su viaje se entristecía.

Al siguiente día 9, llegaría á París. En aquellos días el monarca francés estaba enfermo en Saint-Cloud; aunque forzado á guardar cama, sin dilación hizo saber á la Emperatriz mexicana el pesar que sentía por no poder recibirla, y al añadir que esperaba verla luego que regresara de Bruselas, dió terrible golpe á las esperanzas de la real viajera, que no había mencionado esa ciudad en el telegrama á que se refería Napoleón, al dar la excusa por no recibirla.

Noche agitadaísima pasó la Emperatriz Carlota en Nantes; de allí envió algunas personas de su comitiva para que la informaran exactamente al llegar á París, si realmente Napoleón estaba enfermo. Supo que era cierta la enfermedad y esto la consoló en parte; pero no encontrando en la estación del ferrocarril en París á ningún representante de Napoleón, entró al Gran Hotel sumamente contrariada, aun humillada; pocos momentos después se le hizo saber que un ayuda de campo del Emperador francés había sido enviado á recibirla, pero que había cometido el error de equivocarse la garita por donde llegaban los trenes procedentes de Nantes.

En la estación del ferrocarril de París, se encontraba el personal de la Legación Mexicana, el Príncipe Don Salvador de Iturbide, el Señor Gutierrez de Estrada con sus dos hijos, la señora de Rus, el cónsul Galloti y algunas otras personas. Todos acompañaron á la Emperatriz al Gran Hotel, donde por disposición suya habían sido preparados alojamientos para ella y su comitiva. El Embajador de Austria se presentó á saludarla en nombre de su soberano, y momentos después hicieron lo mismo dos ayudantes de campo del Emperador Napoleón, quien se excusaba de presentarse personalmente por estar enfermo de reumas. Allí se le presentaron los funcionarios diplomáticos Señores Durán, Corio, Barandiarán, Peon y Mora. Los Señores Aguilar y Woll solamente le escribieron.

Al siguiente día, 10 de Agosto, la Emperatriz Eugenia, con el correspondiente séquito, visitó á la de México; ésta le manifestó que no solamente pretendía el aplazamiento en la retirada del Ejército francés, sino también la próroga de dos años á los plazos de la deuda.

En su alojamiento del "Gran Hotel," al pedir la Emperatriz Carlota que se pusiera á su disposición un carruaje de la Corte, solicitó una entrevista con Napoleón III que residía en Saint-Cloud con la familia imperial. Mientras que se promovía la entrevista, fué visitada por el Ministro Druyn de Lhuys, con quien conversó largamente. El Emperador Napoleón contestó que estaba indispuesto y le molestaba no poder recibir por entonces á la Emperatriz de México; ésta no

aceptó el aplazamiento y se dirigió al siguiente día, 11, al palacio de Saint-Cloud, residencia del Emperador, para corresponder á la visita que le había hecho la Emperatriz Eugenia, llevando en su compañía al Señor Castillo.

La comitiva de la Emperatriz Carlota se componía de su gran chambelán el conde del Valle, el Ministro Don Martín Castillo, el conde de Bombelles, el chambelán del Barrio y su señora Manuela Gutiérrez, el Señor Detroyat y otras personas del servicio,

Hacía esperar el buen éxito en la empresa, la superioridad de espíritu de la Emperatriz Carlota, la firmeza de su carácter, su energía y otras prendas personales; pero eran inmensas las dificultades con que iba á luchar, á tal grado, que para vencerlas habría tenido Napoleón que esforzarse á su vez, para retrotraer la cuestión mexicana al punto que le proponía la joven Emperatriz; le habría sido forzoso afrontar la opinión pública, acallar al Cuerpo Legislativo, renovar su Ministerio; tan grande así era en Francia la impopularidad del asunto mexicano, y al fin de tantos esfuerzos que implicarían un nuevo sacrificio, al lado de tantos trabajos impendidos hasta entonces respecto á México, estaba la amenaza de una guerra con los Estados Unidos y la seguridad de otra con Alemania. Tales eran los obstáculos, los embarazos y peligros que necesitaba vencer y conjurar para conseguir el buen éxito de las negociaciones, que por necesidad habrían de fracasar dejando profundas huellas de dolor en el espíritu de la Princesa Carlota.

Altamente conmovedores fueron varios de los incidentes en el viaje de la joven Emperatriz. Cuando todo lo que tocaba á la política imperial desconsolaba, solamente la Princesa se mostró animosa y no desesperaba, aun siendo visible que el porvenir era brumoso, y sin embargo de que sufría su cerebro obsesiones persistentes. Desalentado Maximiliano por la retirada de los franceses y por las constantes dificultades que sin cesar surgían, había pronunciado la palabra abdicación, que rechazó la Emperatriz antes de que se hiciera el último esfuerzo para sostener la empresa que era la síntesis de sus anhelos y sus esperanzas; sola, casi sin comitiva, salva la insalubre costa mexicana en la época mas peligrosa del año; cruza el Océano luchando con la fiebre que ocasiona el combate resuelto contra lo imposible; desembarca en Saint Nazaire y por Nantes llega á París, donde siente la mortal decepción que ocasionan el silencio y el vacío, cuando el espíritu está lleno de ilusiones y brillantes esperanzas; ningún emisario de Napoleón se presentó á recibirla; los personajes á quienes se dirige la acojen con severidad y estudiada cortesía. Encuentra al Soberano de la Francia esclavizado por inquebrantable serie de acontecimientos, precisos é invariables como el destino, y en tales circunstancias nada pudo hacer por ella. Aun quedaba Roma; allí, con acento desconsolador pero no desesperado, pide la aprobación del Sumo Pontífice á la conducta observada por Maximiliano para con el clero, y perciben sus oídos la fatídica frase "Non possumus," ráfaga tremenda del vendabal que apagó las postrimeras luces de su espíritu, velado desde entonces por eterna oscuridad. En el Vaticano ya fueron inequívocos los síntomas de la locura, resultantes

de tanto sacudimiento moral, de la agitación nerviosa que la agovió, y de la lucha intelectual y enérgica que sostuvo con todo lo que la rodeaba.

Dos grandes virtudes formaron la fuerza impulsiva de la joven Princesa, personaje culminante en la malaventurada expedición á México: la fe y la esperanza. Su deslumbradora imaginación le hacía ver ante todo, al Imperio, punto céntrico de sus aspiraciones, y no porque amase á los mexicanos, pues no había razón motivada para ello, siéndole en su generalidad mas bien antipáticos, contradicción que si bien no se explica por la razón, tiene su apoyo en los hechos ocurridos, y en los tormentosos desastres de la empresa coronada con tan lúgubres y dramáticos episodios. La Emperatriz Carlota fué la suprema esperanza del Imperio, para sostener á Maximiliano ejerció en Europa sorprendentes esfuerzos, al fin de los cuales se vió condenada al reposo y á la impotencia absoluta, y con ella terminó la única energía capaz de entrar en acción para salvar el Imperio.

En la visita que le hizo la Emperatriz Eugenia, se abrazaron las dos con efusión, recordando los sucesos de tres años atrás. Ningún asunto importante se trató en esta primera entrevista. Al devolver la visita en Saint-Cloud, consiguió la Emperatriz Carlota, después de muchas instancias, penetrar hasta la habitación del Emperador; sin embargo, no fué sino hasta el 23 de Agosto, en la última visita, cuando pudo tratar de llenar los asustos relativos á México.

Se había afectado mucho la Princesa, cuando al arribar á las costas de Francia nadie la recibió conforme á su categoría, contrariándola mucho que ni el gobierno francés ni la Embajada belga, mandaran representantes á saludarla. Sucediendo lo mismo á su llegada á París, la Emperatriz mexicana temblaba de los pies á la cabeza y era presa de convulsiones dentro del coche que la condujo al hotel. Allí crecieron sus sobresaltos, al trascuir el día sin que se recibiera la correspondiente felicitación y bienvenida de parte de Napoleón, quien únicamente usaba excusas, hasta el día deseado en que un chambelán de la Emperatriz Eugenia fué á invitar á la de México para almorzar en Saint-Cloud; rehusó la invitación, pero ofreció que iría después. En efecto, se presentó en el castillo y conversó con los Emperadores franceses más de una hora, esperándola en la antesala la Señora del Barrio, que era su dama de honor y la acompañaba en el viaje á Francia, ambas con la esperanza de que Napoleón III continuaría auxiliando á Maximiliano en la empresa de sostener el Imperio mexicano.

Durante la conversación entre la Emperatriz Carlota y los Emperadores franceses, se oyeron de pronto gritos de angustia que exhalaba la primera de éstas, diciendo al mismo tiempo: "Es verdad, debí haber comprendido quien sois vos y quien soy yo." "No debí haber deshonrado la regia sangre de mis venas, humillándome ante un Bonaparte que solo es un aventurero." En seguida se oye el ruido de un cuerpo que cae al suelo.

El emperador Napoleón, con la faz alterada, salió del aposento y la Emperatriz Eugenia se arrodilló ante la Princesa Carlota que, privada de sentido estaba tendida en un sofá; la desabrochaba el corsé y procuraba volver-



Sra. Manuela Gutiérrez de del Barrio,
DAMA DE HONOR DE LA EMPERATRIZ CARLOTA AMALIA.

Quando en el verano de 1866 hizo la Emperatriz el penoso viaje, para solicitar de Napoleón III que llevara adelante la difícil empresa de cimentar el Imperio Mexicano y que continuara el contingente de dinero y tropas que había estado dando la Francia, llevó consigo á la Sra. de del Barrio. Afectada la real viajera por la agitación nerviosa que la condujo á la locura, fué testigo la Sra. Gutiérrez de las borrascosas escenas que se verificaron en el Castillo de Saint-Cloud, entre la Emperatriz Carlota y el Emperador francés; pudo notar las inquietudes de la Princesa al aproximarse á las costas francesas, las violencias del espíritu concebidas en temblor corporal y en convulsiones. En desempeño de sus obligaciones de Dama de honor, peruna hora tenida en aquel Castillo. Cuando Napoleón resueltamente contestó que nada haría ya por Maximiliano, al desmayarse la Emperatriz de México acudió la Señora de del Barrio, á prestar á la real enferma los auxilios posibles en tan aflictivo trance.